

Irañ López  
1º B Belchite

A

1º Belchite  
El emprendis de Rume

## LA PRUEBA

1er Cuanto

El verano se acercaba a su mitad. Todo el mundo estaba bastante alterado, pues se acercaban las fiestas en las que se daban las gracias a los dioses por las cosechas recogidas. Eso significaba también varios días de bailes, comilonas y celebraciones tras las largas jornadas en el campo, sudando y rogando para que nada estropease una cosecha que, ese año, era especialmente abundante. Pero los que más nerviosos estaban eran los jóvenes de catorce años, pues la noche más larga del año se celebraría el rito que los convertiría en adultos. Las familias preparaban especialmente las ropas que vestirían, así como los dulces con los que obsequiarían a sus vecinos. Era casi una competición para ver quien iba más elegante y cocinaba mejor. Jaime era el que más orgulloso estaba. Siempre había destacado por su fuerza y agilidad. Y sabía que Laura, la chica más guapa del pueblo, no le quitaba ojo. Se pasaba los días chuleándose porque, además, la suya era la familia más rica. Así que no tendría problemas para lucir las mejores galas y sorprender con los postres, que nadie sabría, claro, que habían encargado a un famoso cocinero de una ciudad cercana.

Por el contrario, Elena no se sentía nada feliz. Nunca había disfrutado de la compañía de los demás chicos del pueblo, que se reían de ella porque le gustaba escuchar las viejas historias que contaban los abuelos y corretear por los bosques descubriendo maravillosos rincones mágicos en los que soñaba con historias de magos y dragones. ¡Incluso creyó ver un elfo una vez! Pero no había perdido el tiempo... Ella sabía leer, no como los palurdos de los chicos, que sólo se preocupaban de pegarse y tirar piedras. O las ñoñitas monadas. Que si mira qué peinado me he hecho. ¿Y esta cintita tan mona que me ha hecho mi mamá? ¡Qué horror! Lo cierto es que ella era un poco chicozo. Podía acertar con un arco –que se había fabricado con una rama de tejo- a veinte metros de distancia. O acertar con un pequeño canto de río a cualquier pájaro no demasiado rápido. Y no le tenía miedo a ninguno de los muchachos en una pelea con bastones. ¡Eran tan lentos!

El fatídico día llegó y, cuando el sol comenzaba a esconderse por el horizonte, todos se dirigieron a la cabaña central del pueblo. Las risas y la música resonaban por todas partes y las exclamaciones de sorpresa llenaban el aire. Era como la noche de entrega de los oscar, con periodistas y flashes, televisiones y todo eso. Y, claro, no había limusinas enormes. Solo que en vez de actrices y actores eran los jóvenes de la aldea los que paseaban por la “alfombra roja”. Muchos iban algo acobardados por aparecer delante de todos; pero Jaime y Laura, de la mano, actuaban como príncipes de cuento. Claro que, como eran los ricos del pueblo, Jaime estaba algo más acostumbrado a los actos sociales y se le veía más desenvuelto.

Elena fue la última en aparecer. No iba vestida con grandes lujos, sino que llevaba su traje nuevo de montar –algo desgastado ya- y unas botas altas de cuero, que solía usar cuando iba por los bosques, eso sí, recién limpiadas con betún. Y nadie hubiese pensado que su habitual pelo enmarañado pudiese organizarse en una hermosa melena negra, con un recogido en la nuca. Casi tuvo que apartar a los curiosos que no habían podido entrar en el edificio y se agolpaban en la puerta, empujándose para intentar ver el interior. La escena dentro era impresionante. El alcalde y la mujer más anciana del lugar estaban en el centro, con los jóvenes arrodillados alrededor, formando un semicírculo. Elena quedó un poco atrás, pues nadie se acordó de hacerle sitio. El alcalde comenzó a hablar.

- Hoy es un día muy especial para vosotros. Después de esta noche dejaréis de ser niños y se os considerará como miembros adultos de la aldea. Eso significa que seréis responsables de vuestros actos y que en el plazo máximo de un año habréis de decidir vuestro oficio, esto es, la forma en que seréis útiles a la vida común. Es una fiesta, por supuesto; pero también es una prueba que tenéis que superar, para que todos sepamos que sois capaces de defenderos por vosotros mismos y no supondréis una carga para los demás. ¡No tengáis miedo! No se trata de algo peligroso, ni nada por el estilo. Es más. Vosotros mismos decidiréis cómo vais a convencernos de que os merecéis dicho lugar en la aldea. Tan solo me queda decir que aquel que finalice primero la prueba tendrá una consideración especial. Un premio honorífico que se recordará largo tiempo.

- Bueno, bueno, jovencitos –dijo después la abuela levantándose de la silla con un crujir de huesos que se hizo realmente aparatoso en el silencio general. - Llevo muchos años supervisando este paso y los que ahora sufrís por vuestros hijos habéis estado antes ante mí. Muchachos, podéis preguntarles a vuestros padres. ¡Oh! No, no. Realmente ya no podéis preguntarle a papaíta cómo afrontar esta prueba. Pues se trata precisamente de eso, de que abandonéis el cobijo del alita de papá y mamá y empecéis a actuar por vosotros mismos, a tomar vuestras decisiones y asumir el resultado. Ya se que no soy más que una vieja chocha y que he sido el blanco de vuestras pesadas bromas desde hace tiempo. ¡Chiquilladas, desde luego!.... Ahora me toca a mí tomarme la revancha, je, je. Bien, bien.... ¿Quién de vosotros va a ser el valiente que se atreva a decidir el modo en que demostraréis que no sois unos cachorritos a los que todavía hay que traerles la comidita a la cuna? ¿Alguno tiene el coraje de asumir a qué os enfrentaréis todos?

Todos los muchachos comenzaron a cruzarse miradas nerviosas. ¡Esa vieja bruja! Cada uno recordó las diferentes trastadas de las que la habían hecho blanco: los cristales rotos, las llamadas en falso a la puerta, los robos del manzano que crecía en el jardín detrás de su casona y otras que nadie se sentía capaz de confesar. Además, todos dudaban, pues si proponían algo y salía mal, el resto de los compañeros les echaría en cara que habían propuesto algo muy difícil y la culpa de su fracaso

era de él, por bocazas. Y si decían algo fácil, tanto la anciana como el resto del pueblo se reirían de ellos. Sólo Jaime conservó el aire altivo. Se puso de pié y habló.

- Ya que hablas de la comida, que sea una prueba de caza. Así te demostraremos quien es capaz y quien no de mantenerse por sus propios medios. Supongo que te parecerá bien, pues alimentarse es algo fundamental.

Se sentó muy pagado de sí mismo. ¡Había sido el único capaz de hablar delante de todo el pueblo y no parecer un bobo ante esa vieja sabelotodo! Claro que, por otra parte, cuál de esos tontos iba a ser capaz de pensar algo razonable. Él estaba acostumbrado a tratar con personas de mundo, pues había espiado las conversaciones de su padre con los comerciantes de la ciudad. No como estos, que solo hablaban entre ellos y con las ovejas.

- De acuerdo, de acuerdo- aceptó la anciana. - Sea como dices. El primero que sea capaz de traer ante mí un animal cazado con sus propias manos será el que reciba el mérito. Los que no traigan nada deberán esperar a la fiesta de Navidad en casita, con papá. ¡A ver si hasta entonces han logrado aprender algo!

¡Con nuestras propias manos! pensaron todos los chicos asustados. ¿Cómo vamos a cazar nada solo con nuestras manos? ¡Si al menos pudiésemos usar piedras! Los conejos corren demasiado, las ovejas son demasiado fuertes para partirles el cuello. ¡Y cualquiera se enfrenta a los colmillos de un cerdo! ¡Por no hablar de perseguir animales salvajes por el bosque! Hombre, igual una de las gallinas de la vieja Susana. Aunque el gallo de su corral tiene muy malas pulgas, y no pienses en enfrentarte al perro-lobo que cuida su finca.

Jaime se levantó y comenzó a quitarse las ropas de fiesta. Se quedó solo con el pantalón y la camisa, preparándose para el esfuerzo que se le avecinaba. Aprovechó para mostrar sus bien formados músculos, de los que se sentía especialmente orgulloso, y sonrió con desdén al resto de los chicos.

- Yo seré el primero en volver con un animal. Y traeré otro por tí, Laura.

Todos los adultos del pueblo asintieron con simpatía. Jaime era el hijo del tendero y, aunque a nadie le caía especialmente bien, ninguno quería discutir con sus padres. Además, en una prueba como esa seguro que era el que tenía mayores posibilidades, pues siempre ganaba en las carreras y en los tiros de sogas.

De pronto, ¡Plas! Una sonora palmada llamó la atención del público detrás del arrogante joven. Todos se volvieron a mirar como la pequeña Elena se adelantaba, con su puño cerrado delante del pecho y una sonrisa de amplia satisfacción.

- ¿Has dicho que el primero que venga con un animal cazado con sus propias manos sería quien alcanzaría los honores, yaya Luisa?- pregunto con un tono de retintín en su voz, muy ufana. -Pues yo reclamo ese premio.

Todos quedaron mudos mirando a la joven, asombrados e incrédulos. ¡Niña estúpida! Siempre por ahí pensando en tontadas y embelesada con leyendas y cuentos de brujas. Pero, ¡qué se había creído! ¿Quién era ella para interrumpir así la ceremonia y creerse mejor que el resto de los chicos normales del pueblo?

Elena abrió su mano y una mosca salió volando de él, todavía atontada. Un segundo más tarde su mano izquierda se cerró en torno al pobre insecto que trataba de huir.

-Has pedido un animal cazado con nuestras propias manos. Y eso es exactamente lo que te traigo. No has especificado ni qué tipo de animal ni qué uso debía dársele.

- Eso es trampa, eso es trampa – escupió Jaime rojo por la ira-. No es comida y, por lo tanto, no vale. Ella ha dicho que teníamos que traer...

- En ningún momento he dicho otra cosa que lo que la joven defiende- le interrumpió la anciana. - Además, harías bien en darte cuenta de que la inteligencia es también un valor para la tribu. Y ella ha demostrado que su cabeza sirve para algo, no como tus músculos, que aún no se han movido para nada más que pavonearse. Elena, la aldea agradece tu presente. Espero que cunda el ejemplo.

Muchos años después la misma noche regresó a la aldea. Nuevos jóvenes estaban de rodillas ante un nuevo alcalde que se sentaba tras dar su discurso sobre la madurez y la necesidad de demostrar que serían útiles para el pueblo. Elena, ya canosa, se levantó con esfuerzo mientras sus huesos protestaban.

- Bueno, bueno, jovencitos.